

hecho presa de la res, la rematan á cuchilladas y bayonetazos.

Otras veces se le tira al pasar cuando va perseguida por la jauría. Como la ronda es peligrosa y ocasionada á desgracias personales por la hora en que se verifica, suelen algunos cazadores llevar un cercerrillo colgado de modo que suene, para evitar que un compañero le dé un tiro tomándolo por una res al moverse, y proyectar una de esas vagas sombras que tanto engañan en la espesura del monte. Además los jabalíes están acostumbrados á oír el cencerro de los ganados que andan sueltos por el campo, se recelan menos, suelen aguardar más, y puede el cazador tirarles de cerca, cuidando siempre de no colocarse en las veredas, entradas ni salidas de la res, porque siempre marcha recta, arróllando todo cuanto se opone á su paso.

El buen cazador debe siempre apartarse á un lado y dejar libre la senda al jabalí, sin hostigarle hasta después que haya pasado.

Es imposible describir con la pluma una de esas escenas, porque sería preciso imitar los gritos de júbilo que lanzan los cazadores, el eco sonoro de las trompas, el galopar vigoroso de los caballos, los latidos de los perros, que se enardecen al aspirar el punzante olor que el jabalí va dejando tras de sí, y, por último, ese ruido especial que hace la res cuando huye al tronchar furiosa lo que encuentra delante de su camino.

Es preciso montar una res para comprender cuán solemne y varonil es la grandeza de un acto que tiene muy pocos semejantes en la historia turbulenta de la caza.

II

El origen del jabalí se pierde en las nebulosidades de eso que hemos convenido en llamar *la noche de los tiempos*. Su número era tan considerable en los antiguos, que casi poblaban por sí solos los bosques de las Galias, de España, de Italia y de Grecia, proporcionando continua ocasión á los cazadores de lucir su habilidad y destreza en arriesgadas empresas venatorias. Así es que no hay, en los siglos que pasaron, un animal más asendereado que el jabalí, ni sobre el cual hayan dejado más documentos los escritores cinegéticos de todas las edades conocidas. La persecución del jabalí reunía la doble ventaja de proporcionar las emociones consiguientes á una batida contra las bestias feroces, y

el deleite de comer una carne exquisita, por la que los romanos se mostraban, no solo aficionados, sino fanáticos hasta un punto inconcebible.

Etruria, la Umbria, Laurentino y la Lucania, eran las comarcas más provistas de jabalíes, notables por su tamaño y por su selvática fiereza; no siendo dignos de competir con ellos sino los que vivían en Grecia en las fértiles montañas de Tesalia y de la pastoril Arcadia.

Las primeras epopeyas y las más antiguas leyendas se ocupan de la caza del jabalí, que los poetas han inmortalizado con sus magníficas descripciones. Hércules persigue al jabalí de Erimanto á través de espesa nieve, le aprisiona en una red y se lo lleva á Eúristea. «Este monstruo, que devastaba toda la Arcadia,—le dice orgullosamente,—no ha podido resistirse á mí, y quiero verlo postrado y sin vida á tus plantas.»

Adonis recibe la muerte monteando un jabalí. Los perros encuentran la pista del solitario de los bosques; le hostigan en su cubil, obligándole á salir á un claro, donde Adonis le aguarda para lanzarle su venablo. Pero el golpe, demasiado oblicuo, no hace más que un rasguño en la piel del animal, que, revolviéndose con furia, se lanza sobre su antagonista, y, después de clavarle los colmillos en una ingle, lo derriba en tierra, espirante y bañado en sangre. ¡Cuántas lágrimas costó aquella catástrofe á la hermosa Venus, y cuánto odio había hacia el jabalí en el fondo de su corazón herido!

Según una leyenda de los tiempos mitológicos, Marte tomó la forma de la res para dar muerte á Adonis, y son infinitos los monumentos antiguos que recuerdan aquella escena cinegética. En varios sarcófagos romanos se ve la figura de Adonis en el acto de partir para la caza, y la triste escena de la muerte de ésta está esculpida en un bajo relieve que existe en el Museo Británico de Londres.

El arcadio Anceo pereció también á las dentelladas de un jabalí, y Meleagro se hizo célebre en la edad heroica por la muerte que dió al de Calydón y á los dos hermanos de la misma madre del intrépido cazador, que le disputaban el más valioso trofeo de su hazaña: la cabeza ensangrentada de la fiera.

En memoria de estas batidas, que libraban al país de tan terribles huéspedes, espanto de los pastores y de los viajeros, los pueblos, reconocidos, inmolaron jabalíes en los altares de Hércules, á cuyo dios presentaban los cazadores, como ofrenda, una parte de lo que mataban en los bosques.

El puerco era un animal sagrado para los cretenses. Hé aquí la leyenda, escrita por Agatocles, en su libro sobre la ciudad de Cizica: «Júpiter nació en la isla de

Creta, donde todos los años se hace un sacrificio secreto inmолando una cerda. Un animal de esta especie dió de mamar al niño en su infancia, y, gruñendo siempre en derredor de la cuna, impidió que se oyeran los gritos de la criatura recién nacida. De esto proviene la veneración de los cretenses, que se guardan muy bien de comer carne de cerdo. De esta manera pudo Júpiter escapar de los dientes crueles de Saturno.»

También el dios Pan recibía ofrendas de los cazadores. El jabalí, que destrozaba sin piedad las cepas tan queridas de Baco, que sacaba de cuajo los árboles con sus acerados colmillos, poniendo en fuga hasta á los perros de los pastores, fué encontrado un día por el valiente Xenófilo, que le atravesó con su jabalina, colgando de un haya los sangrientos despojos de la bestia feroz, consagrada al dios Pan en calidad de ofrenda.

Pero lleguemos ya al período histórico, y oigamos á Oppiano, el cual dice en sus *Cinegéticas* que el jabalí ocupa un lugar muy distinguido entre los animales silvestres y belicosos. Gusta mucho de hacer su hábitculo en los sitios más recónditos del bosque, ó en el fondo de los precipicios, porque detesta el ruido y la vecindad de toda clase de animales. Errante siempre por el monte, persigue á la hembra con ardor, y en sus eróticos trasportes se le erizan las cerdas sobre el cuello, como el penacho de un casco. Va regando la tierra con la blanca espuma que sus dientes destilan á impulsos del más ardoroso aliento. En los amores demuestra mucho arrebató y poca ternura: si la hembra, sumisa, soporta sus caricias, el furor desaparece como por encanto; pero si rehusa sus halagos y huye, entonces el jabalí se lanza rabioso sobre ella y la hiere con los colmillos hasta que expira.»

Por esta causa es muy peligroso montar jabalíes en la primavera.

Plinio el viejo decía que, cuando estos animales combaten entre sí, se endurecen la piel de los costados frotándose contra los árboles, revolcándose luego en el cieno de las tierras húmedas para hacerse una especie de coraza de fango, y añade que las hembras son muy temibles cuando están recién paridas. Es muy difícil arrebatarles los jabatillos; y éstos, según dice Xenofonte, cuando se ven descubiertos por los perros, huyen con sin igual presteza á lo más oculto del bosque, donde les siguen sus padres convertidos entonces en tremendas fieras, porque luchan más en defensa de sus hijos que en la suya propia.

El jabalí posee el instinto de ocultar su estiércol á los ojos de los cazadores, cubriéndolo perfectamente de barro; y cuida también de descargar la vejiga para es-

tar más ligero en la fuga al verse perseguido. Tiene también otro instinto, peculiar en todos los animales: el de su debilidad y el de su fuerza. Conoce las ventajas y los medios de defensa que ha recibido de la naturaleza, y los utiliza con exclusión de los demás; así es que en la lucha sólo se sirve de la fuerza poderosísima de su cabeza y del auxilio de sus colmillos, que aguza contra las piedras antes de trabar la pelea, si hemos de dar crédito al testimonio de Homero, confirmado por Eliano y otros autores.

En unión de opiniones serias y concretas, hallamos también indicaciones puramente fantásticas en varios escritores de la antigüedad, como, por ejemplo, la de que los colmillos del jabalí tienen interiormente un calor semejante al del fuego.

Hé aquí lo que dicen Póllux, Oppiano y Xenofonte: «Cuando los perros han derribado al jabalí, y éste sucumbe á los golpes de las picas y las jabalinas, si se le arranca una cerda del cuello y se le aproxima á los colmillos cuando respira todavía, el pelo, abrasado por el calor, se retuerce en forma de espiral, y las heridas que hacen á los perros tienen el aspecto de cicatrices causadas por el hierro candente del cauterio.»

Este aserto, como ya hemos indicado, es de todo punto fantástico, y no hay fundamento sólido que lo acredite.

En la antigüedad, lo mismo que hoy sucede, había dos clases de cazadores. Unos que sólo buscan el placer que les proporciona su ejercicio favorito, y otros que viven del producto de las piezas que matan. Éstos salen de su casa sin aparato, bien armados y en compañía de un buen perro, ojeando ellos mismos y luchando con los animales cuerpo á cuerpo, si antes no han podido aprisionarlos en los lazos ó en las redes tendidas al efecto.

¡Qué movimiento, qué trenes y qué aprestos, por el contrario, cuando los ricos atenienses ó los patricios romanos iban á la caza del jabalí! Numerosas jaurías de perros escogidos y clasificados según su origen y sus cualidades; picadores con sus trompas, y un ejército de esclavos que llevaban las redes, las cuerdas y las armas de refresco, constituían, á pie y á caballo, el lucido séquito de los nobles y poderosos señores de aquella época. Si el lugar de la caza estaba lejos del punto de partida, se enganchaban á los furgones briosos caballos, y la alegre comitiva se ponía en marcha invocando el nombre de la diosa Diana.

Filostato ha descrito poéticamente las actitudes, los trajes y el ardimiento de los cazadores que perseguían al jabalí, jinetes en caballos rápidos como el viento.



JABALIES EN LA SELVA

«El uno,—dice,—ligeramente vestido, estimula á su corcel, adivinándose en la ligereza de sus movimientos el acierto con que sabe disparar el venablo. Otro monta un caballo blanco, y su túnica roja bordada de oro sólo le cubre hasta la mitad del muslo. El de más allá, que ciñe brillante coraza y lleva las piernas defendidas por botas de cuero, se arroja sobre un enorme jabalí con ánimo resuelto de darle muerte.» Estas últimas palabras nos revelan un hecho que no han mencionado otros autores cinegéticos; y es el de que, para habérselas con el jabalí y neutralizar el efecto de sus terribles dentelladas, llevaban los cazadores corazas, coseletes y polainas de cuero, que subían hasta media pierna y se sujetaban con fuertes correas.

Las armas arrojadas se usaban mucho en las cacerías á caballo; pero la mayor parte de las veces echaban los jinetes pie á tierra para medir sus fuerzas con las del animal.

Entre los indicios que deben guiar en el campo á los cazadores, mencionan los antiguos la huella en las tierras movedizas, las ramas rotas en los matorrales, y en los bosques las dentelladas que da el jabalí á los troncos de los árboles.

El primero que hacía verter sangre al animal recibía los plácemes de todos sus compañeros de batida; y el que daba muerte á la bestia era dueño de ella, distribuyendo el botín á su antojo y sin intervención de nadie.

Los cazadores antiguos, cuyos trenes estaban montados admirablemente, no se cuidaban gran cosa de economizar la sangre de sus perros ni de proteger sus vidas. En las grandes monterías quedaban aniquiladas jaurías enteras, compuestas de perros de Creta, de Escocia y de las Galias, que eran los más costosos y los mejor reputados de entonces. Los perros dogos se arrojaban sin vacilar sobre los jabalíes con una intrepidez sin igual; y, según Eliano asegura, aquellos perros, originarios de la India y de Albania, se apareaban con los tigres, y á la tercera generación, la raza degenerada era susceptible de domesticarse. Strabón no escatima sus elogios á esta casta especial de perros.

Gracío encomendaba mucho que no se empleasen en la caza del jabalí perros de esos que ladran mucho, aun antes de ver á la bestia, y cuyo ardor es muy perjudicial, porque el jabalí, acosado, oye por donde vienen sus perseguidores, y evita que le den alcance. «Los perros,—dice Oppiano,—deben seguir en silencio la pista del jabalí, trabajo largo y peligroso, porque la fiera hace frente de vez en cuando, y cada parada en su carrera causa grandes bajas en la jauría.»

Marcial nos ha trasmitido el texto del epitafio de una perra célebre por su intrepidez en este género de caza. Este poético recuerdo, que atestigua todo el cariño que tenían á sus perros los cazadores de entonces, termina con las palabras siguientes: «Muro bajo las crueles dentelladas de un jabalí furioso como los de Calydón y Erimanto, y no me quejo por haber sido precipitada tan pronto á la región de las sombras infernales. No podía morir de muerte más hermosa.»

Las armas que se empleaban generalmente en las cacerías eran la pica y el venablo: este último estaba provisto de un hierro ancho y cortante ajustado sobre una madera muy dura. El hierro de las picas medía cerca de 38 centímetros de largo y le aseguraban al asta con sólidos travesaños de cobre. La madera de las lanzas era de serval bravío, árbol muy reproducido entonces. El venablo ó jabalina se arrojaba á las reses, y la pica servía para esperar á pie firme el choque del jabalí. Además, los antiguos cazadores iban provistos de un largo cuchillo, con el que se acometía de cerca el animal en el caso de que se rompiera é inutilizase la pica.

Las *Cinegéticas* establecen de un modo afirmativo que, para cada caza y contra cada bestia feroz, existen armas especiales más útiles y apropiadas al objeto que se quiere conseguir; y así es que Gracío cita el caso de Anceo, quien, á pesar de su valor y su destreza, pereció bajo los colmillos de un jabalí, aunque iba armado de un hacha de dos filos.

Tal era la regla; pero en materia de caza, como en otras muchas, se falta á ella con frecuencia. La costumbre en ciertas comarcas, y el capricho de los cazadores, dan origen á una larga serie de armas usadas en la antigüedad, y en las que figuran principalmente la lanza, la pica, la flecha, el arco y el hacha.

III

Todos los jabalíes se asemejan mucho, tanto por su conformación como por sus costumbres: las ligeras diferencias que presentan, residen en su estructura más ó menos pesada, y en la forma de los dientes, particularmente de los molares.

Algunos naturalistas han distribuido estos animales en varios grupos, el primero de los cuales comprende los jabalíes propiamente dichos, cuyos caracteres generales son harto conocidos para que haya necesidad



Jauría acosando al jabalí